

Caupolicán Montaldo

## Los vencidos (1)

...Ahora, gloriosa montaña,  
la mano del labrador  
con dolor y con amor  
fecunda tu recia entraña.  
Cada surco que te daña  
es una gozosa herida,  
y cada espiga encendida  
bajo los soles de estío  
es tu espíritu bravío  
que está cantando a la vida.

.....



ALOPA la noche en sus corceles de misterio, clavando sus banderas de sombra en el perfil de todas las cosas. El otoño le alienta en sus desmayos amarillos sin fuerza y sin pasión. La noche ha rondado todos los alrededores, y ahora entra en la montaña, rompiendo en cada tronco, doblando los tallos gráciles de las quilas y enredando en las ramas absortas de los ulmos, los robles y los canelos, el afán de inquietud de los pájaros.

El canto de un trucao baja hacia las quebradas llenas de sombras. En la copa de los árboles más altos de la cumbre se

---

(1) Primer Premio en el concurso literario abierto con motivo del 25 aniversario de la Universidad de Concepción, por la Escuela de Educación.

balancea la última sonrisa del día. Por el camino que como un tajo moreno rompe la apretada multitud de árboles y arbustos, un indio triste pasa al lento andar del caballejo escuálido. Curvado sobre la montura parece un fantasma del silencio bajo las gasas resueltas de la noche. Y el indio, borracho, llevando el compás de la marcha con la cabeza vacilante, se pierde, como un símbolo, en la sombra de la montaña, cuyos dorsos soberbios recortan más allá la faja de cielo en impulsos violentos y bravíos.

Falda abajo, en los ranchos humilde, en torno del fuego que canta su armonía caprichosa, se juntan los campesinos a descansar del día. Los hombres y los perros, rodeando los tizones que arden, tienen un gesto somnoliento y fatigado. Se habla poco, se despacha luego la pitanza de la noche, y se recoge más tarde cada uno a su rincón, mecánicamente, rutinariamente. Algunos nunca conocieron otra comodidad que tenderse sobre la manta raída a orillas del fuego, y pasar allí la noche en la santa paz de los despreocupados. Otros hunden sus cuerpos en el pajar, y cara a las estrellas recogen su descanso en un sueño largo, que sólo interrumpe el canto de los pájaros en el alba.

En la noche, de cuando en cuando el ¡tué! ¡tué! ¡tué! de un chonchón, rompe la quietud de los campos en una cuchillada de superstición. Los perros ladran hacia las sombras, y el viento mueve las ramas secas que cubren gran parte de los muros de los ranchos.

En el cielo un enorme rebaño de nubes grises se mueve lentamente ante el requerimiento del viento pastor, cuya perdida flauta melancólica suena a veces en las quebradas en una nota silbante y larga. Por entre las siluetas grises las estrellas atisban el sueño de los hombres. Al paso de las nubes se apagan unas y florecen otras, como pupilas asombradas y curiosas que recién miraran el gran espectáculo por primera vez.

Después de la media noche, limpio ya el cielo de nubes, y de regreso todos los brujos a sus cubiles, una luna redonda, petulante y lisa hace su aparición en escena, engañando con su luz, como un santo y seña del alba todavía lejana, el alerta de los gallos centinelas.

Al oriente, se abre más tarde, cuando ya la luna ha dejado de triunfar, un ventanillo blancuzco. Al rato se corre una cortina, y el tono rosado indica que alguien viene con una luz distinta a asomarse al paisaje.

Y el alba surge de repente entre una música wagneriana de colores. Las hojas empiezan a abrirse, los pájaros aturden las selvas con sus cantos, los gallos atraviesan las distancias con sus alertas sonoros. Y cuando la aureola del sol rompe definitivamente, la montaña entera se despereza con júbilo, los árboles abren los brazos majestuosos, y las lagartijas asoman entre los troncos caídos la cabecilla inquieta.

Empiezan a trabajar los leñadores. Los golpes sordos y precisos de las hachas abren un tajo profundo en la base del árbol. Luego cesan un momento de trabajar. Y desgarramiento de nervios o huesos salvajes precede al golpe brutal del lingue caído. Al choque del árbol contra el suelo, salta la bola negra del eco, que rebotando en las hondonadas lejanas se ahoga por fin en cualquier recodo indiferente.

## II

Al bajar al otro lado de la montaña, el paisaje baña los ojos con una luz vigorosa. Los cordones de cordillera, como cojines bravíos, acunan al fondo el valle de Contulmo, verde, jocundo, oloroso a manzanas y a huerto pródigo. Y un paso más allá la laguna de Lanalhue, como una gran sábana argentina arrebuja los pies de la montaña, mientras a su alrededor los árboles juegan una ronda infantil cuando pasa el viento.

Dos hombres fuman cigarrillos de hoja mientras bajan hacia el pueblo masticando un comentario breve:

—On Peña volvió ayer de los Sauces. Dicen que están pagando a siete el saco de lingue...

El otro calla un momento, mientras resuelve el cálculo:

—Serían entonces treinta y cinco pesos.

—Ojalá hayan arreglado los caminos pa que vuelva luego.

El pueblo está ya cerca. El camino en el plan es recto, ancho y acogedor. La selva ha quedado atrás. Un molino a orillas de un arroyo pone la primera nota de vida mecánica. Por el camino avanza una carreta, rechinando agriamente bajo el peso de tres sacos de trigo y a los sacudones de las piedras que denuncian un perdido paso de aguas.

El indio que conduce saluda a los leñadores con gravedad:

—May, may, peñí!

Contestan éstos casi sin mirarlo. Los cigarrillos se suceden. Los potreros bien delineados y bien cuidados de las orillas denotan la propiedad extranjera. En el potrero de don Otto hay vacas finas y un toro rubio y ñato como su dueño. En el terreno de don Germán, el bonito ganado lanar pace tranquilamente, y en el de don Paulo unos bueyes gordos y relucientes hacen los mismos gestos de don Paulo cuando habla castellano: revuelven algo, rumian y tragan aparatosamente.

El pueblo es pequeño. Unas ocho o diez manzanas de casas de madera, y lo demás muy repartido. Donde está la plaza pública y las pertenencias del alcalde que es extranjero, hace años, no tantos como para olvidarse de los hechos, fueron propiedad de un tal Juan de Dios Montonares, quien a su vez hacía ocho lustros limpió aquel pedazo de suelo con otros nativos, paró cuatro palos, edificó su casa y sus sueños de ser poseedor de aquellas lonjas de tierra grávida que todos los años le daban de comer. Pero un día llegaron harapientos, flacos e intrusos unos cuantos gringos rubios y pálidos que bajo la caricia del sol se echaban el sombrero a los ojos y arrugaban el

rostro. La hospitalidad chilena les brindó el primer techo. Aprendieron a manejar el hacha, el arado, a enyugar, a trillar. Y he aquí que un día el subdelegado ordena a Juan de Dios abandonar esas tierras. El Gobierno, el Gobierno que está en Santiago pero que no sabe nada ni entiende nada de estas cosas, las cede a aquellos advenedizos, quienes, se dice, van a levantar un pueblo modelo, una plaza hermosísima, unos edificios modernos.

Juan de Dios Montonares murió de pena. Otros nativos tuvieron la misma suerte en manos de los guardadores de la ley. De esa ley cuyo espíritu transformaban aquéllos en algo antojadizo y brutal.

Y allí está el pueblo, ayer como hace treinta años, hoy como ayer. Lo único que prospera es la propiedad sajona y la caja abdominal de sus señores. Los hijos de los desposeídos alguna vez se acuerdan de aquella injusticia, y entre trago y trago de la pitarrilla borrosa ahogan una queja anónima. Nada más. No se pueden rebelar abiertamente. ¿Quién les oiría? Y en las tiendas no les fiarían tabaco ni sal. Tabaco, sal y menesteres que pagan trabajando las tierras que ya nunca para ellos tendrá una sonrisa amiga.

### III

Los dos hombres que bajaron de la montaña atraviesan el pueblo, y toman un nuevo camino cuyo extremo va a perderse en el agua mansa de la laguna.

Como el sol en lo alto va rayando al medio día, los rostros transpiran. Los álamos de la orilla dan apenas un puñado de sombras que aprovechan los caminantes para sacarse los sombreros de ñocha y enjugarse el rostro con grandes pañuelos de colores. Uno de los hombres es viejo, pequeño y musculoso. En el rostro ornado por un bigote gris y una barba des-

cuidada, brillan dos ojos suaves. El otro es un muchachón alto, bronceado; los ojos y los pómulos indican una ascendencia inequívoca de araucano.

Un pitío, desde un boldo, alza las notas agudas de su alerta. Unos cuantos pájaros huyen a la dispersada. En la laguna cercana, como un sátiro jovial, el sol hunde sus brazos ebrios de salud.

A la vuelta del último recodo aparece la casa de Matías, el leñador más viejo. Un alazán de hermosa apostura, tocado de arcos casi nuevos, tiene las riendas enlazadas en las argollas de la vara.

—El patrón Alfredo ha venido a vernos, Juan.

El otro, cuyo ceño se frunce en un gesto oscuro, masculla por todo comentario:

—De veras.

Cuando llegan a la casa sale a recibirlos María, la esposa de Matías. Es una viejecita bondadosa y simple. De más edad que su marido, tiene alba la cabeza y el rostro lleno de arrugas, pero unas ágiles manos que están en todo y lo saben todo. Nadie como ella para preparar cazuelas, hacer quesos, remendar, zurcir, cuidar los pollos nuevos y tener, en fin, una casa campesina tan limpia y ordenada que no se encuentran dos en aquellos lugares.

—Matías, dice, allá adentro está esperándote el patrón Alfredo. Yo le adelanté algo sobre la compra del terreno. Y él, como es tan bueno, está muy conforme. Háblale ahora tú, pues, Matías.

La mujer habla con persuasión y casi correctamente. Díjese poseedora de algo de instrucción, tal es la cortesía que rodea siempre sus palabras.

Matías deja el hacha al lado afuera de la puerta, y entra a la casa. Juan toma la herramienta, y con ésta y la suya al hombro sigue a la cocina. Las deja en un rincón, y luego de mirar desconfiadamente a todos lados, descuelga de un clavo

un lazo liviano y fuerte. Prueba el ojal de la lazada, y con un gesto decidido sale del rancho, atraviesa el camino y se interna en los matorrales de la orilla superior, con los ojos brillantes y una sonrisa firme.

El viejo entra a la casa arrojando el sombrero en cualquier rincón. La casa es toda de madera, y por dentro nada más que una sala grande y alta. De las vigas desnudas de un lado cuelgan largas ristras de ajíes y unos costillares ahumados. Hasta el centro, por el otro lado la sala es dividida por un tabique de tablas que no llega al techo y que separa el comedor, que se utiliza sólo cuando hay visitas, y el dormitorio de los viejos, que preside una vulgar oleografía religiosa, frente a la cual, durante el mes de las ánimas, todos los días suspira y muere una vela de sebo.

Por todos los rincones hay elementos de trabajo, y sacos llenos de grano; viejos arreos de montar, blancos de polvo, yugos, corriones y cueros de ovejas.

Don Alfredo, el patrón, conversa con Carmela, la hija de los dueños de casa, fresca fruta para labios golosos que sólo hace tres meses se casó con José María. Don Alfredo, hombre de cerca de cuarenta años, alto, fuerte, virilmente simpático, dueño de vastos fundos con su hermano menor, se complace en charlar con aquella muchacha, cuyos grandes ojos negros tienen un hechizo indefinible para su corazón de ambicioso.

#### IV

Cuando Matías entró al comedor, oyó la voz de Carmela que en son de broma, al parecer, decía:

—No sea loco, don Alfredo. No y no.

Y se retiraba apresuradamente llevándose el platillo donde el huésped había estado probando la miel de la última cosecha.

El hombre pareció que seguiría tras ella, pero la entrada

de Matías lo tornó a su asiento. Con la mejor sonrisa fué el primero que saludó:

—¿Qué hay Matías? ¿Cómo van la salud y los trabajos?

—La salú bien, patrón, y de los trabajos no me puedo quejar.

Y agregó en confianza:

—Y usted siempre firme como un peral.

De repente se acordó de la petición que tenía que formular y calló, confuso, un momento, hilvanando sus pensamientos para expresarse mejor. El otro lo miraba con un poco de curiosidad y de fastidio. Conocía lo que iba a solicitar, y esperaba.

«... Sabían ellos que el patrón vendía la hijuela en cinco mil pesos. Y como ellos, con el ahorro tesonero hecho en cuarenta años de trabajos a las órdenes del fundo, y la venta de unos animales y de muchas cargas de lingue sacadas de la otra hijuela que les iba a dar el Gobierno por el otro lado, como ellos tenían la plata con qué comprar ese terreno, lo querían para ellos. Quedaban cerca del pueblo y a un paso del puerto de la laguna. Y, por tanto, la vejez de sus cuerpos más próxima al boticario de Contulmo o al hospital de Cañete.

Sabían que el patrón era bueno. Desde que lo conocieron niño admiraron la bondad del patrón. Además querían dejarle al yerno, cuando ellos no existieran, aquel pedazo de tierra, mitad vega y mitad faldeo, que nunca conocieron terreno mejor.

Sabían ellos...»

Escuchaba en silencio el otro. De pronto se levantó, y tendiendo la mano en actitud de conformidad y despedida, dijo:

—Bien, muy bien. Si tienes el dinero cuenta con que ya la hijuela es tuya.

Y salió haciendo sonar las finas espuelas.

—Patrón. ¿Es que no se va a quedar a almorzar? Fijese, he matado un pollo, y está la cazuela lista.

Era María la que hablaba, poniendo una sonrisa amable en su arrugado rostro.



—No, María. Muchas gracias. Otro día será. Ya le dí el conforme a tu viejo. Que se la coma él. ¡Hasta luego!

Iba a romper al galope cuando vió venir la ágil figura de Carmela portando un balde con agua para la casa. Se acercó hasta ella, jinete en el alazán impecable, algo le preguntó en voz baja. La muchacha se turbó, luego riendo hizo un débil gesto negativo con la cabeza, y, como huyendo, apresuró el paso hacia la casa.

El hacendado picó espuelas alejándose.

Desde los matorrales próximos dos ojos cargados de odio le siguieron, hasta que se perdió su silueta en el recodo lejano.

## V

De esa misma masa aventurera que aventó el viejo mundo hacia las nuevas playas desde las hazañas de Colones y Pizarros hasta fines del siglo XIX, de esa misma masa aventurera era el recio y audaz don Pedro Antonio, quien venía como tantos y tantos a hacer la América en cualquier forma.

¡Oh, América, tierra de promisión donde con poco trabajo se amontonaba el oro, donde, sin necesidad de cuidados, los campos se ofrecían pródigos! América, pobre país de indios domesticables y sumisos! América, la meta dorada y soñada!

Cuba, primero, y la República Argentina, después, conocieron sus inquietudes de conquistador. Hasta que un día, a la sombra de una baraja sucia la mala suerte le obligó a abrirle un ojal en el vientre a un gaucho descuidado. Y a través de tres días largos y dos noches desnudas y ateridas, por fin conocieron sus ojos los valles verdes de Chile.

Y la suerte acá le fué propicia.

Un golpe de audacia le valió quedarse con los bienes de un compatriota confiado. Y entre dos vasos de aguardiente y buenas o malas razones, los indios fueron entregándole de a

poco sus propiedades. Hubo muchas notas rojas, y el silencio final se abrazó a dos o tres caciques infelices. Pero él tenía un fin preconcebido, y los medios justificaban ese fin.

Ya terrateniente casó con la hija de unos tenderos del pueblo cercano, de la cual tuvo dos descendientes varones, que desde sus primeros pasos aprendieron las labores campesinas, para continuar más tarde sus estudios técnicos agrícolas en la lejana capital.

En el carácter de ambos se advertía la sangre dominadora del viejo, el cual se despidió de los trabajos terrenales poco tiempo después de su esposa, y en circunstancias trágicas que nadie se atrevió a esclarecer.

A todo esto Matías, el viejo mayordomo de la hacienda, hombre sencillo y creyente, genuina representación del viejo tronco campesino chileno, vivía su vida humilde, calladamente uncido a labor de todos los días.

Su vida no tenía historia. Al igual que los árboles y los pájaros, había nacido en aquellos lugares, vivía como todos, y terminaría bajo aquel mismo cielo el imperioso mandato ineludible.

Su mayor ambición habría sido tener una tierra propia que cultivar; pero tan manso y sumiso, tan adentrado su espíritu en la faz servicial en que había nacido, creía, en cierto modo, que unos hombres nacieron para mandar y otros para servir. Se resignaba fatalista.

La hacienda en manos de los dos jóvenes se transformó violentamente. Cualquiera a la edad de ellos habría gustado de la vida en otra forma, gracias a la herencia del viejo. Pero aquellos hombres tenían la ambición en la sangre. Nuevas construcciones se levantaron junto a las viejas casas que quedaron para graneros o bodegas. Maquinarias modernas reemplazaron al trabajo manual de los segadores y engavilladores. La trilla fué una función mecánica sin gracia y sin alcohol.

Matías, contemplando aquello no decía nada, pero en su interior miraba desmoronarse sus años y la vieja obra del viejo patrón con una pena íntima muy suya, y nada más. Por entonces iba doblando el cabo de los cuarenta y tantos años, y recién la primera y única alegría de su hogar se llenaba con la risilla infantil de Carmela. Pero la pena de Matías frente a la evolución de la hacienda le estorbaba en los pasos y enredaba sus palabras. Se sentía mal en aquel ambiente nuevo a fuerza de progreso. Y para colmo los jóvenes acordaron desposeerlo de su cargo indicándole que fuera a cultivar a medias una hijuela fuera de la hacienda, una hijuela que los arañazos de un usurero le usurparon a un agricultor pobre, para traspársela a los herederos de don Pedro Antonio por el *mínimum* de la deuda.

Sin voluntad para protestar, y en cierto modo contento de la decisión de los patronos, una ancha mañana de primavera, se fué Matías de la hacienda con su mujer, la chiquitina y la carreta cargada con sus menesteres domésticos, más de dos sacos de trigo, generosa gratificación a sus largos años de trabajo en la hacienda.

Después de un interminable día de viaje, al paso tardo de los bueyes, al caer la tarde llegaron por fin al rancho con pretensiones de casa, sobre el esterito claro, rodeado de castaños, a empinándose en un faldeo suave como para mirar la azul tranquilidad de la laguna cercana.

Y allí estaba hacía cerca de cuatro lustros el buen Matías, cuyas aspiraciones, más definidas ahora, eran poseer un pedazo de tierra para él, nada más, tierra suya, que pudiera amar por suya, única y amorosa. Aquella aspiración le atenaceaba cada día más. Y por ella ganaba su plata y la juntaba pacientemente, perseverantemente. No era un avaro, ni siquiera egoísta. La hospitalidad franca y sana del hijo del campo la tenía como un firme sentimiento en él, como base asimismo de su cristianismo sencillo. Siempre en la cocina un allegado, un amigo, un

viajero, encontraron un rincón tibio y un plato de sopa precediendo el mate cebado por las manos ágiles de María.

Un día una india joven llegó a las puertas de la casa saludando con voz triste. Llevaba un chiquillo de pecho y una indiecita de no más de tres años, cuyos piescitos ateridos chasqueaban sobre la tierra dura del camino, al trotar tras de la madre.

Se quedó aquel día en la casa, y sobre unos cueros de oveja se tendió al caer la noche, junto al fuego. A la madrugada siguiente los berridos del chico despertaron muy temprano a los moradores de la casa. La india con la pequeñita habían huído en la noche dejando abandonado al niño en aquel lugar.

Quien más contenta estuvo con la adquisición inesperada del chico fué Carmelita. Puso toda su dedicación en cuidarlo.